

abandonó estas tierras en busca de su ideal, un ideal que bullía en su mente y que no encontraba, y en todo este tiempo no le pude comprender, no pude, por más que hice arcaicos esfuerzos para lograrlo, identificarme con su modo de pensar, estudiar su carácter y comprenderlo.

Faustino estaba enamorado del amor, y no amaba á ninguna mujer. Comprendía el amor á su modo, lo descifraba de una manera para mí enigmática, y era, el pobre, muy infeliz.

Buscaba su ideal entre las mujeres, ideal que titulaba perfecto, y no daba nunca con él.

II

Un día Faustino estuvo preocupado y pensativo.

Le pregunté que tenía, y me contestó:

—¡Si tú pudieras comprenderme!..... Creo haber encontrado mi ideal, y á mi pesar, me sabe mal de haber dado con él.

—¿Y esto?...

—Sí, amigo mío. Lo he encontrado en medio de las tablas de un teatro, me he enamorado de él, y es imposible nuestro amor.

—¿Por qué?

—Porque sería demasiada felicidad para mí poder conseguir que ella me amara, porque soy muy poco para aspirar á tanto.

Y mi pobre amigo, que como todos los verdaderos enamorados creía que la dueña de su corazón era mucho para él, se desesperaba como un niño.

—¿Y quién es ella?

—Es Lola René, la primera tiple del Espiral.

III

Por mediación de un amigo mío, Eduardo Verlanck, íntimo de la enamorada de Faustino, podía éste, cuando gustase, hablar con la que amaba.

Pero Faustino temblaba. Deseaba y rehuía á la par el momento de hablar con Lola, temía una desilusión que le aterraba.

Yo, por mi parte, dado el carácter de Faustino, temía, y con razón, que el amor que él sentía por la tiple quedaría muerto al menor choque de verdad. Lola René no podía, por ningún concepto ser el romántico ideal que soñaba mi amigo.

Por fin, Faustino se decidió á que Eduardo lo presentase á Lola.

La entrevista debía tener lugar en breve, y

de aquella entrevista debía salir ó la felicidad ó la desgracia de Faustino.

IV

Por pedírmelo Faustino debía acompañarle en la presentación, y, aunque me halagaba tal deferencia, temía ser testigo de una escena desagradable.

Llegada la hora, nos fuimos al camarín de la tiple. Eduardo nos presentó y ella nos recibió muy bien, con simpatía.

Bromeábamos sin mirarnos gran cosa en las palabras que empleábamos, y Faustino pareció disgustarse con aquella familiaridad.

Al abandonar su cuarto, Lola nos ofreció su casa.

Cuando estuvimos fuera, Eduardo dijo á Faustino:

—Felicito á V. Puede ya, cuando guste, ir á casa de la tiple.

—¿Y qué?—preguntó mi amigo.

—Que ha adelantado V. mucho. Y ahora permítame que le diga—añadió guiñando un ojo con picardía—que no se vaya con rodeos. Lola es de las que no admiten pamplinas.

—Pero, ¿qué quiere V. decir?—preguntó Faustino deteniéndose y mirando á Eduardo con extrañeza.

—No creo á V. tan niño que no me comprenda. Declárese á Lola, y...

Mi amigo comprendió. La venda que cubría sus ojos había caído, y su ideal era muerto por Eduardo, sin presumir éste el mal que hacía á aquél. Faustino se alejó de nosotros como un loco.

—¿Qué tiene?—me preguntó Eduardo.

—Has muerto su ilusión—dije abatido.

V

Desde aquella noche, no vi más á mi desgraciado amigo.

Tiempo atrás llegó á mi noticia que Faustino había partido á América, en busca de un ideal que, ni en sueños, pudo encontrar en un pueblo esencialmente materialista y que no le comprendía.

FRITZ GLUCK.

Badalona.

